Esta ponencia reconstruye el itinerario de experiencias y reflexiones que hicieron posible un concepto fundante en el ámbito de la educación: el de mediación pedagógica. Plantea que la mediación se establece entre las personas y cualquier área del conocimiento y la práctica, y es pedagógica cuando promueve y acompaña el aprendizaje. En este sentido, no todo acompañamiento es pedagógico, y los motivos son diversos: la falta de dominio del área que se pretende mediar, el desconocimiento de la cultura del otro, la personalidad autoritaria, la dificultad para comunicar. Por otro lado, ni los medios ni los materiales son automáticamente útiles a estos efectos. Pero pese a estas limitaciones, muchos recursos contribuyen: el pasado, el presente, el futuro, la cotidianidad, la poesía, la ciencia y en esencia, el vasto universo de la cultura humana.

LA MEDIACION PEDAGOGICA DESDE LAS INSTANCIAS DE APRENDIZAJE [1]

Acuñamos con Francisco Gutiérrez el concepto de *mediación pedagógica* en 1992, en Costa Rica. En lo personal, para llegar a él seguí un camino de experiencias y de reflexiones, que sintetizo así:

1. La preparación, en México, 1976, de un texto de estética para alumnos de secundaria de ese país. Se me puso la siguiente condición: "usted escribe para un muchacho de 15 años". Ello me forzó a buscar alternativas de comunicación con un adolescente para enseñarle esa rama de la filosofía.

2. La coordinación en Guatemala, 1989 a 1993, de dos proyectos de educación a distancia, con la Universidad Rafael Landívar y con la Universidad San Carlos de Guatemala. En ambos nos propusimos "hacer todo pedagógico", desde los materiales hasta el trabajo con los asesores, sin dejar de lado los productos generados por los participantes.

3. La asesoría, en Costa Rica, 1990 a 1993, de una enciclopedia familiar de la salud, dirigida a promotores de todos los países centroamericanos. Se trata, porque todavía continúa saliendo, de guías impresas acompañadas de casetes con programas radiales. Para lograr esos materiales fue necesario adaptarse a interlocutores caracterizados por fuertes diferencias culturales.

4. La coordinación en Mendoza, febrero y marzo de 1993, del primer tramo del PROME, Programa de Mejoramiento Educativo, que se orientó a la producción de textos para profesores de enseñanza media con el propósito de lograr una mejor preparación de los estudiantes a la hora de su ingreso a la universidad. El proyecto, que lamentablemente no continuó, permitió un rico diálogo entre docentes de física, química, matemáticas y biología.

5. La producción del libro *La vida cotidiana, fuente de producción radiofónica*, 1993, que ha sido utilizado por 270 grupos en distintos países de América

Latina, constituidos en especial por miembros de radios culturales y educativas.

6. La coordinación del programa *La televisión en la escuela*, que incluyó la producción de cinco textos para más de 800 maestros mendocinos. El proceso se ha vivido durante 1994, y ha consistido en sesiones presenciales y en trabajo con esos materiales estructurados para favorecer el autoaprendizaje.

7. La coordinación del equipo de la cátedra de Pedagogía de la Escuela Superior de Formación Docente, durante el segundo semestre de 1994. Llevamos adelante una labor centrada en los estudiantes, sobre la base de una sugerencia del *juego pedagógico* que reza: *partir siempre del otro*.

¿Por qué esa expresión, *mediación pedagógica* como resultado de todas esas experiencias? Conviene detenernos en el concepto de *mediación*. Un ejemplo estremecedor de su alcance aparece en la película *2001, odisea del espacio*, de Kubrick. En las primeras secuencias un primate descubre (con la intervención de algo llegado del cielo) que puede golpear con un hueso. Ello le da de inmediato dominio sobre los demás. Sin tránsito alguno la cámara salta desde ese paisaje primitivo a una estación interplanetaria. Aquel medio para un fin, el hueso como arma, abre el camino a todas las mediaciones que permiten llegar a una arquitectura que ya no pertenece a la ciencia ficción.

No hay cultura posible sin mediaciones, desde el lenguaje que en este momento utilizo, hasta el teclado de la computadora, pasando por absolutamente todo lo producido por el ser humano para vivir y comunicarse. No hay ser humano posible sin mediaciones.

No es el caso aquí abrir una clasificación. Digamos que existen instituciones con una enorme capacidad de mediar, como por ejemplo el Estado, las iglesias, la familia, la escuela, por mencionar las más universales. No deja de admirarme el hecho de que en menos de un siglo la sociedad haya pasado de alrededor de mil millones de seres a cinco mil, sin una destrucción generalizada de los códigos culturales básicos capaces de asegurar la convivencia. El poder de socialización de las instancias mediadores es muy grande.

La sociedad destina de manera fundamental a la educación dos instituciones: la familia y escuela. No dejamos de reconocer la presencia de otras, como las iglesias y los medios de comunicación social, pero nos interesa detenernos en aquéllas.

El papel de los padres como mediadores es universal: piénsese en la nutrición y en la adquisición del lenguaje, por mencionar sólo dos ejemplos. Mucho se ha investigado, escrito y denunciado, en torno a lo que sucede cuando esa instancia mediadora, por razones económicas, por causa de la guerra, por presiones sociales, se deteriora y no puede asumir su tarea.

Es la escuela, en sentido amplio (desde el jardín hasta la universidad) la que recibe el reconocimiento como instancia mediadora en el terreno educativo. Las críticas que nunca terminan de pasar con relación a ella, nos ponen frente a una duda, la cual a menudo se vuelve acusación: ¿es siempre pedagógica esa mediación?

Podemos caracterizar ahora la expresión completa.

> Entre un área del conocimiento y de la práctica humana y quienes están en situación de aprender, la sociedad ofrece mediaciones. Llamamos pedagógica a una mediación capaz de promover y acompañar el aprendizaje.

Con ello queremos significar, en primer lugar, que entre un área del conocimiento y de la práctica humana y quienes están en situación de aprender, puede haber mediaciones poco pedagógicas e incluso antipedagógicas, es decir, mediaciones que entorpecen y hasta frustran el aprendizaje.

Promover y acompañar no es sencillo. Podemos acercarnos a una comprensión a través del concepto de *umbral pedagógico*. Utilizamos el término *umbral* para aludir a ese espacio situado a la entrada de algo. Pues bien, los seres humanos tenemos también nuestro umbral; hay quienes lo guardan celosamente, otros lo abren de par en par a cada relación. El juego con el umbral ha marcado dos tendencias extremas en pedagogía:

- → Detrás del umbral no hay nada, todo viene desde afuera, mediante inyecciones de información y de propuestas de conducta.

- → Detrás del umbral está todo, nada puedo agregar a lo que el otro ya trae consigo o podrá desenvolver solo.

La primera está enmarcada en la creencia en la *tabla rasa*, para nada cuentan la historia, la experiencia, la cultura y la iniciativa de los educandos. Por eso el umbral ajeno salta a cada instante en pedazos, se lo invade, se lo traspasa sin remordimiento alguno. Más aún: el umbral suele ser clausurado para que sólo salgan a través de él respuestas esperadas.

La segunda, llevada al extremo, culmina en una retirada de las instancias mediadoras, en un abandono a las propias fuerzas del aprendiz que todo deberá descubrirlo y crearlo sin el apoyo de nadie. Se toma tanta distancia del umbral que la mediación pedagógica se vuelve inútil.

No se promueve y acompaña el aprendizaje invadiendo a cada instante el umbral, trasponiéndolo o desbaratándolo. Tampoco dejando a la deriva al aprendiz.

La promoción y el acompañamiento del aprendizaje, es decir, la mediación pedagógica, significan un juego de cercanía sin invadir, y un juego de distancia sin abandonar. Hemos denominado a ese espacio donde se produce la mediación

umbral pedagógico, y lo hemos caracterizado como algo delgado, como una suerte de línea de luz sobre la cual debieran moverse la institución, el educador y los medios y materiales.

Nos encanta la palabra *educador*, y la diferenciamos con fuerza de *docente*, que en su etimología alude a quien señala algo. También la distinguimos del *facilitador*, nacido en el entorno de las propuestas de Rogers. Por eso insistimos en *promover y acompañar* y no en señalar o en facilitar. No buscamos hacer fácil nada; para construir el propio ser, apropiarse del mundo y de uno mismo (es decir, aprender) no se le ofrecen a nadie facilidades; se le ofrecen mediaciones, alternativas para orientar mejor su esfuerzo.

En síntesis: llamamos pedagógica a una mediación capaz de promover y acompañar el aprendizaje, es decir, la tarea de construirse y de apropiarse del mundo y de uno mismo, desde el umbral del otro, sin invadir ni abandonar. La tarea de mediar culmina cuando el otro ha desarrollado las competencias necesarias para seguir por sí mismo.

Vale la pena citar aquí a don Simón Rodríguez, quien algo sabía de mediaciones:

> "El dogma de la vida social es estar haciendo continuamente la sociedad, sin esperanza de acabarla, porque con cada hombre que nace hay que emprender el mismo trabajo. 'Ha acabado su educación' no quiere decir *que ya no tenga más que aprender,* sino que *se le han dado los medios e indicado modos de seguir aprendiendo*" (Tomado de *Crítica de las providencias del Gobierno*).

Añado lo que expresa cuando le agradece a un padre el haberle confiado la educación de su hijo:

> "Cuando el niño salga de mi casa, al cabo de algún tiempo, sabiendo lo que es razón o disparate -verdad o mentira-, modestia o hipocresía, (...) escribiendo con las letras que debe y leyéndolo con sentido, no a gritos ni en tono de cigarrón... habrá el señor general Otero conseguido mucho para cimentar la educación de su hijo, *lo demás él lo hará* y yo tendré la satisfacción de haberle servido de algo" (tomado de carta al general Otero, Lima, 10 de marzo de 1823, subrayado mío).

Las instancias de aprendizaje

Reconocemos seis instancias de mediación con pretensiones educativas:

- → la institución
- → el educador
- → los medios y materiales

→ el grupo
→ el contexto
→ uno mismo

La pregunta es sencilla: ¿cuándo la mediación que les corresponde es pedagógica y cuándo no? Es decir: cuándo promueven y acompañan el aprendizaje desde el umbral del otro...

Nos detendremos en cada una para realizar un primer ejercicio de respuesta. Hemos avanzado un tanto en esa dirección en otros textos. Estas páginas son una continuación del camino recorrido (véase, por ejemplo, *Educar con sentido, apuntes sobre el aprendizaje*).

La institución como mediadora

Hablo de institución en el amplio sentido de todo un sistema educativo, con sus formas de concebir al ser humano y el conocimiento y la conducta, con su historia y sus maneras de regular las relaciones con los aprendices, con su discurso y su burocracia, con sus héroes y sus villanos. A menudo el sistema adquiere una cierta autonomía y aparece como único responsable de la educación. Pero hay momentos históricos (y el presente es uno, sin duda) en que se le recuerda con toda fuerza lo precario de su autonomía, mediante ajustes de cuentas (en el literal sentido del término) desde la economía y la política.

Desde sí misma y desde las presiones que recibe desde el contexto social, una institución semejante puede dificultar la mediación pedagógica por causas como las siguientes:

1. La concepción del aprendizaje, del conocimiento y del aprendiz. Se ha insistido hasta el cansancio en la crítica a una escuela anclada en el siglo pasado, e incluso en el anterior: el enciclopedismo, la mera transmisión de información, el desconocimiento de los más elementales procesos de construcción de conocimiento, la *infantilización* de los estudiantes, la estandarización de las respuestas y de las conductas, el aislamiento con relación al contexto y la vida...

2. La capacitación, promoción y sostenimiento de los educadores. Un sistema paupérrimo, sin recursos para renovar sus cuadros, sin medios para asegurar un salario digno, acorde con las presiones de nuestro tiempo, no puede aspirar a mantener vivo el entusiasmo entre quienes asumen la tarea directa de promover y acompañar el aprendizaje.

3. La infraestructura y el equipamiento y mobiliario. Valen los mismos argumentos del punto 2: no es sencillo trabajar en escuelas rancho, o en

aulas colmadas de estudiantes. Tampoco lo es, en una época tan plena de innovaciones tecnológicas, hacerlo sin medio alguno.

4. Los materiales impresos y audiovisuales. Nos preocupa la presencia de un discurso institucional envejecido, pleno de lugares comunes, carente de actualidad y de relación con el contexto. Cuando la institución habla demasiado, no deja espacios para la expresión de sus interlocutores.

5. El burocratismo: los controles obsesivos que terminan por frenar cualquier intento de innovación, porque esta última es vista como un riesgo para quién sabe qué orden propuesto como eterno.

No caemos, con esos cinco puntos, en los viejos esquemas de la concepción de los "aparatos ideológicos". Una institución, y más cuando se habla de un sistema educativo, no constituye algo monolítico, cerrado sobre sí mismo. Hay siempre fisuras, espacios donde se producen modos distintos de entender y de practicar la labor educativa (muchos de ellos tolerados o no). Pero tampoco dejamos de reconocer lo que marcan las tendencias generales.

Por otra parte, el concepto de institución abarca desde el sistema completo hasta un establecimiento en particular. Y es precisamente con este último que se establece el contacto directo de los estudiantes. Es él la instancia de aprendizaje institucional más cercana. Todo lo dicho en los cinco puntos vale para una escuela en particular. Se aprende en relación con esos muros, con esas carencias o con la sobreabundancia de medios, con los ordenamientos internos (apenas esbozados o gritados a los cuatros vientos), con el burocratismo, con los materiales y el discurso propio de esos espacios.

Retomo un texto escrito en 1985:

> "Hay una escuela cerca de mi casa. Cada mañana, lunes a viernes, su director empuña un micrófono y grita órdenes a todos los vientos. Los niños se ordenan en filas, cada uno en su lugar, como impecables piezas blancas del alfabeto. El supremo ordenador reclama silencio, sólo su voz podrá oírse; gesticula para enderezar una sinuosa fila; ataca a alaridos una cabeza distraída que mira hacia el lado o hacia un pedazo de cielo. Después las órdenes: descanso, firmes, marcha, silencio. Supremo hermano mayor que todo lo ve y todo puede decirlo" (*Voluntad de verdad y voluntad de espectáculo*).

Las instituciones, además de sus tradiciones y de todo el peso de su historia, consisten en seres humanos y en torno a ellos concretan sus tendencias o bien sufren transformaciones.

El educador como mediador

Hablo de educador en el amplio sentido de quienes tienen la responsabilidad institucionalizada de promover y acompañar el aprendizaje de niños, niñas, jóvenes y adultos. No todo acompañamiento, lo hemos anticipado ya, es pedagógico, y ello por motivos como los siguientes:

1. El poco dominio del área de la cultura humana que se pretende mediar. Es muy difícil volver pedagógica una relación basada en la inseguridad en torno a los conocimientos y las experiencias sobre los cuales gira el acto educativo.

2. El poco conocimiento de los interlocutores, es decir, de quienes se involucran como aprendices. Esto vale para cualquiera de los grandes grupos de seres mencionados más arriba: niños, niñas, jóvenes y adultos. Quien no conoce a su interlocutor, termina por imaginárselo o por hacerlo objeto de sus preconceptos y estereotipos.

3. La personalidad autoritaria. En la década del 40 este tema se convirtió en una obsesión para quienes vivieron directa o indirectamente la experiencia del nazismo. Movimientos de este tipo, como es sabido, no terminan de desaparecer y tampoco lo hace la personalidad autoritaria. En el campo de la educación una característica semejante puede causar estragos, debido a la incapacidad de quienes la encarnan de reconocer al otro como otro, de aceptar la diferencia, de tolerar maneras distintas de ser y de sentir. Es imposible una mediación pedagógica a cargo de alguien con personalidad autoritaria.

4. Derivado directamente de lo anterior, la poca capacidad de comunicación. ¿Cuál es el principal referente de un proceso educativo? El aprendiz, sin duda. Para muchos educadores el referente es o la ciencia, o la institución o la opinión de los colegas. Y entonces no comunican con sus verdaderos interlocutores.

5. La carencia de recursos. Como apuntamos en el apartado anterior, punto 2, las condiciones económicas ocupan un lugar central. Si bien, como veremos más adelante, *no hay excusa para no mediar*, la tarea se resiente cuando los salarios y las condiciones laborales se deterioran.

6. La falta de oportunidades de capacitación y actualización. A mediar se aprende porque no se puede enseñar sin aprender. El aprendizaje no es sólo de técnicas para salir adelante en la tarea del aula. Es necesario un aprendizaje de la propia cultura, de la actualidad, de la institución, de los aportes científicos válidos para comprender a los interlocutores.

Ninguno de esos motivos, con excepción del relativo a la personalidad autoritaria, es suficiente como para dejar de lado la mediación pedagógica. A menudo se argumenta que por causas económicas termina uno por ser un mal educador. No caigo aquí en la trampa del apostolado de la docencia, como si a uno le tocara asumir su labor profesional por encima de cualquier satisfacción personal y

familiar, pero tampoco en dejar fuera la propia responsabilidad en los problemas de la educación. Por más condicionamientos económicos e ideológicos que haya, el último espacio de libertad, y de responsabilidad, del educador es el aula, el círculo que se establece con sus interlocutores.

Por todo ello: no hay excusa para dejar de mediar con un sentido pedagógico.

> Esto tiene matices según el ciclo de la educación de que se trate, pero siempre es bueno preguntarse por el interlocutor de un material.

Los medios y los materiales

De la mano de la tecnología educativa, los medios aparecieron en la década del 60 como la solución a todos los problemas de la educación. Gracias a ellos quedarían atrás el verbalismo y los viejos métodos de la educación. No fue así, por supuesto, pero el reclamo para la incorporación de ellos crece año a año. Ni los medios ni los materiales son útiles de manera automática para promover y acompañar el aprendizaje por los siguientes motivos:

1. Es generalizada la falta de capacitación de los educadores para apropiarse del lenguaje de los medios y de sus posibilidades en favor de la educación.

2. El lenguaje de los medios suele ser colonizado por el de la escuela, con lo que pierden su riqueza expresiva para someterse a las viejas formas de pasar información de los textos impresos o del discurso oral en el aula.

3. Los materiales, fundamentalmente los impresos, no están orientados hacia el interlocutor, sino hacia la ciencia o hacia lo que podrían decir los especialistas en la materia. Ello hace que los interlocutores tengan serios problemas para acceder al grado de dificultad planteada por alguien incapaz de abrir puentes entre los conocimientos y experiencias anteriores y los nuevos, o bien se aburran terriblemente ante textos carentes de atractivo y de recursos de motivación.

4. La producción discursiva escrita y por imágenes de los educadores es en general muy pobre, a tal punto que se puede hablar de una verdadera cultura oral en el campo que nos ocupa.

Materiales bien mediados, con ejemplos, anécdotas, experiencias, con puentes hacia los conocimientos del otro, son básicos para la promoción y el acompañamiento del aprendizaje.

El grupo como instancia mediadora

Idealización: cuando se reúnen seres dispuestos a compartir sus conocimientos y experiencias y a buscar juntos, se diluye completamente la figura del educador y es posible avanzar en un proceso de interaprendizaje.

Descalificación: el grupo de inmediato repite modelos educativos tradicionales: alguien se apropia de la conducción, algunos trabajan y otros no, todo termina en una parodia de aprendizaje donde lo importante es sentirse bien y no trabajar.

Esta instancia puede entorpecer o frustrar el aprendizaje por los siguientes motivos:

1. El educador se desentiende del proceso. Crea grupos, entrega una lista de bibliografía y deja a los estudiantes a la deriva. En este caso se produce lo que denominamos más arriba el abandono.

2. No está claro para nadie el sentido del grupo, lo que se persigue con la participación de todos los integrantes.

3. En el afán de crear un clima y un encuentro, todo se resuelve en sentirse bien y no hay resultados de aprendizaje.

4. Un entusiasmo inicial es seguido por el desaliento; pronto todo se vuelve desgano y sobreviene la falta de impulso hacia un fin común.

Tornar pedagógica la instancia grupal supone un adecuado seguimiento, la preparación de guías de trabajo y de otros insumos que permitan orientar la tarea, la clara distribución de responsabilidades, la búsqueda y el logro de resultados concretados en documentos escritos o audiovisuales, o en propuestas para incidir en determinada área de la sociedad.

El contexto como instancia mediadora

Muchas experiencias educativas ofrecen sólo como posibilidad de aprendizaje la palabra del educador y alguno que otro texto. En el ámbito universitario esto es bastante común. En esos casos queda fuera la vida del educando, con todo lo que ella significa en relaciones, espacios, objetos, historia, cultura, medios de comunicación social, lenguaje y tantos otros elementos.

Cuando una educación se vuelca sobre el contexto, se abren posibilidades para enriquecer el aprendizaje a través de la observación, de entrevistas, de interacciones, de experimentaciones, de búsqueda de fuentes de información, de participación en situaciones tanto sociales en general como profesionales.

Pero no sólo es suficiente con volver sobre el contexto. Existen también riesgos para una adecuada mediación:

1. La simulación "tabla rasa": los estudiantes son invitados a ir al contexto con el objeto de aprender de él, y para ello deben actuar como si no supieran nada, sin consultar documentos, sin prepararse. Esta ilusión de aprendizaje supone a seres incapaces de aportar lo suyo a la observación y la interacción.

2. El uso de la gente como recurso para el aprendizaje. Los estudiantes salen a la calle como lo hace un publicista, sólo que en este caso no se busca una opinión para vender mejor, sino para *aprender*. Pienso en la multitud de encuestas cuyos resultados no le sirven para nada a quienes fueron consultados, por mencionar sólo un ejemplo.

3. La falta de claridad de esa vuelta al contexto. La acumulación de datos sin un hilo conductor, sin una orientación hacia resultados de aprendizaje.

4. La excesiva orientación, en el sentido de llegar a algunos datos superficiales como si ellos fueran la explicación de todo un ámbito de problemas. Esto constituye la *ilusión de contextualización* que en definitiva lleva a una superficial inserción en lo que llamamos realidad.

Cuando se desaprovecha o se mal aprovecha la riqueza del contexto, reducimos su alcance como instancia para el aprendizaje y todo queda en el terreno del texto y del educador, con algunas pinceladas de salidas más allá de esos límites.

Uno mismo como instancia mediadora

Sin duda es este el camino menos transitado en el terreno de la educación. Decimos *uno mismo* en el sentido de tomarse como punto de partida para el aprendizaje. Y ello significa que puedo aprender de mi pasado, de mi cultura, de mi lenguaje, de mi memoria, de mis proyectos y frustraciones, de mis sueños, de mis sentimientos, de mis conceptos, de mis estereotipos...

Cuando aprendo me tomo como recurso, me involucro con todo mi ser en el proceso.

También aquí puede haber motivos para frustrar esta instancia:

1. La descalificación total, en la imagen que dimos del umbral transpuesto sin más: el otro, el aprendiz, nada puede aportar, nada trae consigo, llega a la educación como una suerte de vacío y toca a la institución llenarlo de información. En este caso jamás se pedirá aporte alguno desde la propia vida.

2. La ilusión de involucramiento: con el pedido de alguna opinión, con una que otra referencia a lo que se hace fuera del aula, con el relato de una

experiencia, queda saldada la deuda y a otra cosa, es decir, a otra instancia: la del educador y la del texto.

3. El juego psicológico: la apelación a uno mismo abre paso a una suerte de terapia que el educador no sabe manejar, con lo que puede haber bellas sesiones de expresión de la interioridad, pero pocos resultados en el aprendizaje de los temas en cuestión.

La mediación desde uno mismo requiere de una cuidadosa orientación desde el educador, y eso no es sencillo, porque se orillan espacios muy personales que pueden ser utilizados sin beneficio para el aprendizaje.

Alcances de la mediación pedagógica

Supongamos una alternativa a los puntos que hemos esbozado en las seis instancias de aprendizaje: todo iría a favor de lo pedagógico, desde la institución hasta uno mismo.

Sin embargo, lo alternativo tiene un valor relativo. Ninguna institución, por ejemplo, logra una transformación total; siempre se arrastra algo del pasado. Incluso cuando se forma una nueva organización sus integrantes traen consigo formas de percibir y de actuar tradicionales.

El tomar conciencia de esto es muy importante para cualquier proyecto. Ninguna reforma de planes de estudios, por ejemplo, deja en el pasado todos los componentes del plan a superar; se llega a transformar un cuarenta, un cincuenta por ciento, porque siempre siguen en pie conocimientos y prácticas anteriores.

Por otra parte, dentro de un sistema educativo, hay transformaciones que alcanzan sólo a alguna de las seis instancias presentadas. Así, por ejemplo, la alternativa se centra en los textos o bien en la capacitación de los docentes.

Lo alternativo en pedagogía es un concepto relacional: *alternativa a* y *alternativa en*. *Alternativa a* un modelo pedagógico tradicional, a formas ancladas en los viejos moldes del traspaso de información, y *alternativa en* un contexto determinado, en ciertas circunstancias y no otras.

Estas consideraciones resultan fundamentales para reconocer las posibilidades de transformación de cualquier institución y, sobre todo, para respetar esas posibilidades sin coaccionar desde alguna posición de poder. A nadie se le puede imponer una pedagogía alternativa con el argumento de que será mejor para él seguir tal o cual camino.

Una alternativa pedagógica se construye sobre la base de la participación y del consenso de todos los posibles involucrados en ella. Para esto hace falta un

intenso trabajo de convencimiento y de seguimiento, un compartir y un aprender juntos, una corresponsabilidad y entusiasmo por el proyecto.

Mediar con toda la cultura humana

Las seis instancias de aprendizaje abren un abanico infinito de posibilidades de mediación pedagógica. Como se trata de tender puentes entre lo conocido y lo desconocido, entre lo vivido y lo por vivir, cualquier creación del ser humano puede ser utilizada como recurso de mediación.

Lo digo de otra manera: es posible mediar con toda la cultura del ser humano, con todo el pasado, con los textos que intentan narrarnos el futuro, con la biografía personal y la vida de otros seres, con las fantasías y los hechos cotidianos, con la poesía y las fórmulas químicas, con las creencias y los hallazgos científicos...

Cuando la mediación se estrecha a los límites de la propia disciplina o de las rutinas de un curso repetido año a año, queda fuera una enorme cantera de recursos que no muchos saben aprovechar.

Los viejos ideales de la cultura como totalidad, de un entrecruzamiento entre las distintas disciplinas, se concretan en la labor pedagógica, a través de un esfuerzo de mediar que signifique la promoción y el acompañamiento del aprendizaje con todos los productos de la imaginación y de la creatividad humanas.

Tengo, como educador, todo el universo de la cultura humana. Puedo navegar en cualquier dirección y apropiarme de lo dicho por un hombre en un pueblito de Grecia hace más de 2000 años, apuntar la proa de la nave hacia las estrellas, hacia lo infinitamente grande y distante, traer a la mesa un fragmento de una poesía escrita en el vértigo del amor y de la muerte por Federico García Lorca, recuperar la palabra de mi hija o la de un vecino, irrumpir en el curso de los viajes por el mundo de ese loco de Marco Polo, detenerme en una crónica policial de esas que dejan la pantalla llena de sangre, tomar un trozo de primavera y jugar con texturas, trinos y aromas.

En computación se habla de navegar cuando uno se mete en una red y comienza a reunir información. Navegar por ese océano de información creado por el ser humano.

A los educadores nos toca navegar de manera constante por el variado océano de la cultura para rescatar horizontes y arcoiris, fuegos y abismos, que de éstos también se aprende.

Maravillosa tarea: la de disponer de todo el universo para mediar el aprendizaje de alguien. Tarea que requiere de un cierto grado de osadía y de ganas de aventura. Cuando me quedo, cuando no pongo nada de mí, cuando apenas si ofrezco migajas de ese universo, cuando sólo hablo de lo que otros hablaron y no

soy capaz de comunicar cultura y vidas ajenas, la mediación se estrecha y pierde toda su riqueza.

Maestro en cercanías y lejanías el mediador. Por ello la figura del sabio, no la del erudito insoportable, no la del que viene a deslumbrarme con la información, sino la de aquel que ha navegado por el vasto océano de la cultura y sabe, sabiamente, poner todo ese universo como herramienta preciosa para el juego del aprendizaje.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Octubre de 1994

---

[1] Foro de docencia universitaria, Universidad Nacional de Cuyo